Trabajo final de grado

Ensayo académico

La configuración identitaria adolescente y el rol de los adultos.

Estudiante: María Sofía Vidart Ferrou

Tutor/a: Prof. Adj. Mag. Daniela Díaz Santos
Revisor/a:Asist. Mag. Liliana Suárez

Montevideo, Julio 2025

Índice

1. Introducción.....2

2. Adolescencia e Identidad: Historia, Tránsito y Diversidad..... 5

2.1. La Adolescencia En La Historia..... 5

2.2. La Adolescencia Como Tránsito Psíquico.....5

2.3. “Las Adolescencias”.....7

2.4. Identidad Adolescente, Crisis y Construcción.....10

3. La Adolescencia en Vínculo: el lugar del adulto en la construcción de la identidad.....14

3.1. Adolescencia como proceso relacional: ambivalencia, individuación y necesidad del otro..... 14

3.2. La Adolescencia Como Desafío Para los Adultos.....18

3.3. La confrontación Generacional..... 21

3.4. El Lugar del Adulto: sostener sin invadir, estar sin abdicar.....24

3.5. Crisis del Mundo Adulto y su Vínculo con las Adolescencias.....27

4. Consideraciones finales.....32

Referencias Bibliográficas.....35

La Configuración Identitaria Adolescente y el Rol de los Adultos.

> Hasta hoy el estudio de la adolescencia se centró solamente sobre el adolescente. Este enfoque será siempre incompleto si no se toma en cuenta la otra cara del problema: la ambivalencia y resistencia de los padres a aceptar el proceso de crecimiento (Aberastury y Knobel, 2006)

1. Introducción

El presente ensayo propone explorar el lugar que ocupan los adultos en la construcción de la identidad adolescente. Esta elección no surge solo de un interés teórico, sino también de una inquietud personal que deseo compartir brevemente antes de adentrarme en el desarrollo conceptual.

Antes de comenzar la carrera de Psicología, realicé el profesorado de Filosofía. Desde un primer momento supe que mi deseo de enseñar estaba especialmente dirigido hacia la adolescencia. Me atraía esa actitud cuestionadora y desafiante que irrumpe con fuerza en el aula y que, lejos de ser un obstáculo, habilita un espacio fecundo para el pensamiento, el diálogo y la problematización. Sabía que se trataba de una etapa vital en la que confluyen múltiples transformaciones (cognitivas, afectivas, vinculares) que hacen posible una apertura hacia las problemáticas abstractas, existenciales y éticas. Ese interés inicial por el aula fue también el punto de partida de una mirada más amplia sobre la adolescencia como etapa vital cargada de potencial y complejidad.

Con el tiempo, fui observando cómo la forma en que los adultos se relacionaban con los adolescentes (especialmente en el ámbito familiar) influía profundamente en el modo en que ellos vivían esa etapa. La experiencia analítica me permitió enlazar esa observación con preguntas sobre mi propia adolescencia, en particular sobre los modos en que fui acompañada. Así, el interés por pensar la adolescencia fue tomando forma no solo desde

un lugar académico o profesional, sino también desde un recorrido vital que me llevó a interrogar qué lugar tienen (y podrían tener) los adultos en esa transformación.

Esa pregunta inicial fue ampliándose con el tiempo, nutriéndose del estudio, la práctica y la escucha. ¿Qué caracteriza a esta etapa vital?, ¿cómo se transforma la identidad en ese proceso? y ¿qué lugar ocupan los adultos en esa construcción? Estas preguntas, nacidas de ese proceso personal, terminaron por convertirse en guía del recorrido que propongo en este trabajo. A lo largo del mismo, pretendo desplegar algunas respuestas posibles a partir de una reflexión sostenida en los aportes teóricos que permiten iluminar las múltiples aristas de la adolescencia, las complejidades del devenir identitario y el papel de quienes acompañan ese tránsito.

Para ello, el trabajo se organiza en dos grandes partes. La primera se propone comprender la adolescencia en su complejidad, abordándola como construcción histórica, como tránsito psíquico y como experiencia situada y diversa. La segunda parte se centra en el lugar que ocupan los adultos en este proceso, especialmente aquellos del entorno familiar, y en cómo su presencia incide (y se ve a su vez transformada) en el acompañamiento de la identidad adolescente.

El recorrido comienza situando a la adolescencia como una construcción histórica y social. En esta línea, se revisan transformaciones que marcaron la emergencia de esta etapa vital, a partir de los aportes de autores como Cao (2013), Delval (1996) y Obiols (1996).

Luego, se explora la adolescencia como un tránsito psíquico complejo, articulando conceptualizaciones provenientes del psicoanálisis y la psicología del desarrollo. En esta sección, se comienza diferenciando los conceptos de adolescencia y pubertad (Delval, 1996). A continuación, se abordan las nociones de moratoria (Erikson, 1971), inmadurez creativa (Winnicott, 1993), y vulnerabilidad subjetiva (Doltó, 1992), para comprender las tensiones internas y vinculares propias de esta etapa.

Más adelante, el texto propone pensar en “las adolescencias” en plural, incorporando una mirada situada y contextual. A través de los aportes de Diverio (2006),

Obiols (1996), Cattaneo y Schmidt (2014) y Cao (2013), se analizan las diferencias que atraviesan las trayectorias adolescentes según el entorno sociocultural, las condiciones materiales, la clase social, el género y los recursos subjetivos disponibles.

A continuación, el eje se centrará en la noción de identidad, entendida como un proceso dinámico, relacional y en permanente construcción. A partir de los desarrollos de Erikson (1971), Aberastury y Knobel (2006), Doltó (1989, 1992) y Kancyper (2003, 2007, 2013), se profundiza en las crisis, duelos y resignificaciones que acompañan la búsqueda de una identidad más propia y menos heredada.

En una segunda parte, el ensayo focaliza en el lugar que ocupan los adultos en este proceso, especialmente aquellos del entorno más cercano como la familia. Se analiza el papel de los vínculos significativos desde un enfoque relacional, contemplando las ambivalencias propias del crecimiento adolescente. Articulando aportes de autores clásicos como Aberastury y Knobel (2006) , Blos (2011) y Doltó (1989,1992) y más contemporáneos como Kancyper (2003,2007, 2013) y Winnicott (1982,1993) permitiendo indagar en el rol de los adultos como figuras de sostén, confrontación y transformación mutua.

Finalmente, se problematiza el rol adulto en el contexto actual, atravesado por el vértigo social, el avance de lo digital, el mercado como nuevo regulador de subjetividades, y la fragilización de las figuras tradicionales de autoridad. En este tramo se retoman los aportes de Viñar (2012), Janin (2008) y Obiols (1996, 2006), para pensar la posibilidad (y la necesidad) de reinventar la función adulta sin abdicar de su lugar.

Este recorrido, por tanto, tiene como propósito reflexionar sobre el entramado entre adolescencia e identidad, sin perder de vista que dicha configuración nunca se da en soledad: siempre ocurre en vínculo, en tensión y en diálogo con otros significativos. En especial, con aquellos adultos que, aún desde sus propias incertidumbres, puedan sostener una presencia habilitante y transformadora.

2. Adolescencia e Identidad: Historia, Tránsito y Diversidad

2.1. La Adolescencia En La Historia

Es necesario revisar la historia y preguntarnos cuándo y por qué las distintas culturas han creado esta etapa vital, así como las variaciones que ha tenido a lo largo del tiempo. La modificación que produjo la revolución industrial generó un punto de inflexión en este proceso. Antes de su llegada y con el trabajo manual, los niños y niñas solían incorporarse rápidamente al mundo adulto a través del trabajo. Sin embargo, con el ingreso del maquinismo se volvió indispensable una formación previa para poder acceder al ámbito laboral, lo que dio lugar a una nueva etapa diferenciada entre la infancia y la adultez. Según Cao (2013) inicialmente la formación necesaria para ingresar al mundo laboral era brindada por las propias fábricas, con el objetivo de preparar a futuros obreros, pero con el tiempo, esta tarea fue modificándose y pasó a ser asumida por los Estados, que comenzaron a desarrollar políticas educativas para estos sujetos en tránsito hacia la adultez.

En un principio la adolescencia era concebida sólo como un ritual de transición hacia la adultez, recién en la sociedad posindustrial se permite desarrollar y extender la adolescencia. Paralelamente, a fines de los años 60, desde la perspectiva psicoanalítica se comenzaba a concebir esta etapa no sólo como una crisis sino como un estado en sí mismo. (Obiols, 1996) Comienza a comprenderse que este momento en la vida del sujeto va más allá de un simple tránsito, albergando en sí nuevas articulaciones que implican una gran complejidad, dado que afecta tanto su psiquismo como a sus aspectos vinculares. Según Cao (2013), es en esta operatoria cuando comienza a dibujarse “la construcción de un montaje identitario que tiende a instituirse como definitivo.” (p.26)

2.2. La Adolescencia Como Tránsito Psíquico

Desde una perspectiva psicoanalítica y del desarrollo, la adolescencia puede entenderse como un tránsito psíquico profundamente movilizador, que implica una reconfiguración del sujeto y de los vínculos con el entorno. Se trata de una etapa que no solo supone cambios internos, sino que también está acompañada de modificaciones biológicas, físicas y sociales de gran intensidad. El cuerpo se transforma, la forma de

pensar cambia, y los lazos afectivos comienzan a desplazarse fuera del ámbito familiar, marcando un desencuentro entre la infancia y la adultez. Tomando los aportes de Delval (1996) debemos señalar que la adolescencia está fuertemente atravesada por la pubertad, que constituye un proceso universal de cambios corporales visibles, mientras que la adolescencia, como fenómeno psicológico y social, varía según el contexto cultural que la rodea**.** Es en este entramado de transformaciones simultáneas donde se inaugura un camino de reorganización subjetiva que culminará, en el mejor de los casos, con una nueva organización psíquica y la posibilidad de asumir responsabilidades adultas .

A lo largo de la vida, la identidad en el ser humano es dinámica, pero la adolescencia está atravesada por cambios físicos, psíquicos y sociales tan vertiginosos que el psiquismo necesita tiempo. Tal como señala Erikson (1971), la adolescencia es el momento de la moratoria psicosocial: una pausa en la que el sujeto suspende definiciones estables mientras explora nuevas formas de ser. En sus palabras, se trata de “...un período de demora que se concede a alguien que no está listo para cumplir una obligación o que se impone a aquel que debería darse tiempo a sí mismo” (p.128). Complementando esta idea, Doltó (1989) propone una analogía que resulta particularmente ilustrativa: compara al adolescente con una langosta que, al mudar su caparazón, queda momentáneamente expuesta y vulnerable. La vieja identidad infantil ha quedado atrás, pero aún no se ha formado una nueva. Este tránsito genera un estado de fragilidad que requiere tiempo, contención y un entorno que permita la exploración. Así, la moratoria se vuelve un tiempo imprescindible para que el sujeto comience a descubrirse a sí mismo y a reconstruir su lugar en el mundo.

Por su parte, Winnicott (1993) destaca la inmadurez como un componente esencial de la adolescencia. Lejos de ser un déficit, esta inmadurez constituye una condición necesaria para que puedan desplegarse elementos claves de la subjetividad adolescente: la creatividad, los sentimientos novedosos y las ideas que dan forma a posibles modos de vivir. Como afirma el autor, esta aparente irresponsabilidad contiene “los rasgos más estimulantes: pensamiento creativo, sentimientos nuevos y frescos, ideas para un nuevo

modo de vivir" (p. 187). En la misma línea, Cao (2013) recurre a una metáfora sugerente: compara la adolescencia con un planeta, por su movimiento constante de difícil interpretación para quienes lo observan.

Este "movimiento" constante ha sido también señalado por Aberastury y Knobel (2006), quienes describen la adolescencia como una etapa marcada por intensos cambios y una inestabilidad emocional característica. Por ello, introducen el concepto de *síndrome normal de la adolescencia* para referirse a un conjunto de manifestaciones propias del período, que si bien pueden ser perturbadoras para el entorno adulto, son necesarias para que el sujeto pueda reorganizar su mundo interno y continuar avanzando hacia la búsqueda de su nueva identidad

En definitiva, la adolescencia es un tránsito complejo, marcado por rupturas internas y reconfiguraciones profundas. A lo largo del proceso, se ponen en cuestión certezas previas y se abre la posibilidad de nuevas construcciones subjetivas. Sin embargo, esta experiencia no se da de la misma manera en todos los sujetos: las formas de vivir y atravesar la adolescencia están profundamente condicionadas por el entorno sociocultural, la clase social, el género, y otros factores contextuales. Por eso, antes de abordar el proceso de construcción de la identidad, nos detendremos en la diversidad de modos en que se manifiestan las adolescencias.

2.3. "Las Adolescencias"

Hablar de la adolescencia en singular puede resultar útil como categoría general, pero corre el riesgo de borrar la riqueza y complejidad de las múltiples formas en que esta etapa se manifiesta. Lejos de tratarse de un fenómeno homogéneo, la adolescencia debe pensarse en plural: "las adolescencias". La experiencia adolescente es diversa, situada y profundamente marcada por la historia personal y el contexto sociocultural en el que se inscribe.

Esta tensión entre lo general y lo singular no es nueva para quienes estudiamos al ser humano. Como especie compartimos ciertos procesos comunes (físicos, psíquicos, vinculares) que permiten hablar de etapas del desarrollo. Sin embargo, cada persona es

también única, irrepetible, atravesada por biografías, vivencias y entornos particulares. Estudiar y trabajar con adolescentes, por tanto, implica moverse entre lo predecible y lo inesperado, entre lo universal y lo singular.

Como señala Diverio (2006), “hay distintas formas de ser y de vivir la adolescencia, por ello las formas de expresar la adolescencia son tan variadas” (p. 12). Esta variabilidad se sostiene en múltiples dimensiones: desde factores biológicos y temperamentales hasta aspectos familiares, económicos, culturales y territoriales. La adolescencia no ocurre en el vacío: es una construcción histórica y social que se transforma con el tiempo y con el entorno que la aloja.

Cao (2013) aporta una clave interesante al introducir el concepto de imaginarios adolescentes: representaciones sociales que configuran formas de pensar, sentir y actuar propias de los adolescentes como colectivo en cada época. Estos imaginarios son también múltiples, pues incluso dentro de una misma generación coexisten diversos modos de ser adolescente, condicionados por diferencias sociales, económicas y culturales. Lejos de ser un bloque uniforme, el universo adolescente está compuesto por pluralidades que conviven (a veces en tensión) en el seno de una misma sociedad, e incluso de una misma institución educativa.

La heterogeneidad de las adolescencias se expresa también en las diferencias en su duración y configuración. Como señala Obiols (1996), en ciertos sectores sociales (particularmente en clases medias y altas urbanas) la adolescencia se extiende como un proceso progresivo, sostenido por condiciones que permiten explorar, ensayar y demorar la entrada plena a la adultez. En cambio, en sectores populares o rurales, la transición es muchas veces abrupta: se ingresa rápidamente al mundo adulto, ya sea por necesidad económica, por maternidades tempranas, o por falta de opciones institucionales que sostengan un tiempo de búsqueda y elaboración personal. “Los jóvenes pertenecientes a sectores de bajos ingresos o campesinos quedan fuera de este proceso, para ellos la entrada en la adultez es rápida y brusca” (Obiols, 1996, p. 40).

Esta afirmación nos confronta con una realidad muchas veces invisibilizada: no todos los adolescentes tienen el mismo tiempo para ser adolescentes. La adolescencia como etapa de tránsito, de exploración identitaria, de ensayos y errores, exige condiciones de posibilidad que no están igualmente distribuidas. La clase social, el acceso a recursos, el sostén afectivo, el tiempo disponible, son variables que modelan las experiencias posibles. No hay adolescencia sin condiciones que la habiliten.

Tanto Delval (1996) como Obiols (1996) insisten en que esta etapa está profundamente condicionada por el contexto sociocultural. Este no solo define posibilidades materiales, sino también horizontes simbólicos: qué proyectos pueden ser imaginados , qué logros son valorados por su entorno, qué caminos se consideran “legítimos” . En esta línea, Cao (2013) recuerda que la adolescencia es también un momento de apertura al mundo y de redefinición de referentes. El contexto cotidiano (familiar, escolar, barrial) se vuelve un escenario clave para esta construcción subjetiva.

Esto es especialmente relevante cuando se piensa en los proyectos de vida. Las metas que los adolescentes se trazan no emergen en el vacío: están enraizadas en su contexto de pertenencia. Como advierten Cattaneo y Schmidt (2014), “es imposible pensar en la elaboración de un proyecto personal si no incluimos las variables de situación personal, subjetividad, contextos, valores, etc.” (p. 20). En otras palabras, cada itinerario adolescente es singular, pero está inevitablemente tejido en redes sociales, culturales y materiales que habilitan o limitan sus recorridos.

Desde esta perspectiva, hablar de “las adolescencias” no es solo un gesto de corrección política o inclusiva: es una necesidad ética y epistemológica. Implica reconocer la diversidad real de experiencias, así como las desigualdades que las atraviesan. Desde esta perspectiva, hablar de “las adolescencias” es una invitación a complejizar nuestra mirada. No se trata de perder de vista los aspectos comunes que definen a esta etapa, sino de reconocer que dichos procesos se encarnan de manera diversa según la historia, el entorno, las posibilidades y los vínculos de cada sujeto.

Por razones prácticas, a lo largo de este trabajo se ha utilizado el término adolescencia en singular. Sin embargo, es fundamental mantener presente su pluralidad. Cada adolescente es portador de una historia, una cultura, un cuerpo, un deseo. Y cada uno construye su camino entrelazando lo singular con lo colectivo, lo propio con lo heredado, lo posible con lo anhelado.

2.4. Identidad Adolescente, Crisis y Construcción

La adolescencia es una etapa clave en el desarrollo, marcada por una profunda transformación. Lejos de ser un simple pasaje biológico o una serie de cambios aislados, se trata de un momento crítico actual y con una gran importancia futura. ya que tendrá repercusión en la organización de la personalidad adulta . En esta etapa el sujeto se ve confrontado con la necesidad de reorganizar su mundo interno, reconfigurar sus vínculos, y reorientar su posición en el entramado social y familiar. En ese sentido, la cuestión de la identidad se vuelve central.

Erikson (1971) define la identidad como el sentimiento de mismidad y continuidad en el tiempo, sostenido tanto por la percepción personal de uno mismo como un ser único y coherente, como por el reconocimiento del entorno. Implicando una síntesis de las experiencias individuales y las demandas sociales. Es decir, la identidad se construye en la interacción entre la experiencia interna del yo y el reflejo que ofrecen los otros significativos, aquellos con los que el sujeto establece lazos afectivos, simbólicos y sociales.

Esta construcción no se produce de manera aislada, sino que está atravesada por factores biológicos, psicológicos y sociales profundamente interrelacionados.(Erikson, 1971)

La modificación en cualquiera de estas dimensiones repercute inevitablemente en las otras: los cambios hormonales y físicos afectan la imagen corporal; las transformaciones psíquicas reconfiguran las emociones, los deseos y los vínculos; y el entorno social condiciona los modos posibles de ser y mostrarse. En este entramado, la identidad no es una esencia dada ni un atributo fijo, sino un proceso relacional, histórico y situado, en permanente reconfiguración.

Esta identidad, entonces, no se alcanza de una vez y para siempre. Lejos de tratarse de una estructura acabada, debe entenderse como un proceso dinámico y continuo, que se configura en la tensión entre lo heredado y lo elegido, entre las marcas del pasado y las proyecciones hacia el futuro. Como señala Erikson (1971), es precisamente en la adolescencia donde este proceso adquiere mayor intensidad y complejidad, al estar atravesado por transformaciones simultáneas que exigen una nueva organización.

Durante este período, el sujeto adolescente comienza a ocupar un lugar más activo en la construcción de su identidad. Se enfrenta a nuevas preguntas sobre sí mismo, sobre temáticas existenciales, convicciones ideológicas, deseos y límites. (Aberastury y Knobel 2006) Ya no se trata solo de lo que los otros han dicho o esperado de él, sino de lo que él mismo empieza a interrogar, cuestionar y elegir. Como ya vimos, la adolescencia constituye una etapa de moratoria psicosocial (Erikson, 1971), un tiempo necesario para la exploración, el ensayo y la reorganización de aquello que antes era recibido de manera más pasiva.

Desde esta perspectiva, la identidad se constituye en el entrecruce de múltiples dimensiones: la historia familiar, los vínculos afectivos, el cuerpo que cambia, las condiciones sociales y culturales, las experiencias emocionales, los ideales y contradicciones del entorno. Todo ello confluye en una búsqueda que no es lineal ni libre de tensiones, sino profundamente conflictiva, ya que implica revisar, resignificar y a veces renunciar a aspectos fundamentales construidos anteriormente.

Este movimiento conlleva necesariamente un grado de crisis. Para Erikson (1971), esta crisis de identidad no implica una patología, sino que es inherente a la adolescencia y se ve obligado a reordenar el mundo interno, abrir nuevos sentidos y habilitar una transformación subjetiva. En el mismo sentido, Kancyper (2013) nos habla de un caos que, a diferencia del desorden, es energía donde habita creatividad y potencia constitutiva de un nuevo orden.

En este proceso, los adolescentes suelen volver la mirada hacia su infancia, hacia aquello que los constituyó, en busca de pistas para recomponer una narrativa de sí mismos.

Como sugiere Kancyper (2003), este tiempo puede convertirse en una oportunidad imperdible para historizar y resignificar lo que había quedado escindido, oculto o negado en el pasado. Es un movimiento en el que el sujeto deja de ser sólo receptor de su historia y comienza a escribirla, dotarla de nuevos sentidos, y proyectarse desde allí hacia un futuro posible.

El tránsito adolescente, entonces, supone una ruptura creativa: lo viejo ya no alcanza, lo nuevo aún no está del todo definido. En ese espacio intermedio ,muchas veces caótico, pero fértil es donde emerge la posibilidad de comenzar a gestar una identidad más "elegida" y menos impuesta. Una identidad que, como dirá Erikson (1971), solo se consolida si logra articular pasado, presente y futuro, permitiendo al sujeto sentirse uno consigo mismo y con su historia.

El proceso de construcción identitaria en la adolescencia no se produce sin pérdidas. Como han señalado múltiples autores, entre ellos Aberastury y Knobel (2006), el tránsito hacia una identidad más autónoma exige elaborar una serie de duelos fundamentales, que marcan el pasaje desde la niñez hacia una nueva forma de ser en el mundo.

Estos duelos no remiten únicamente a pérdidas concretas, sino a la renuncia simbólica de aspectos constitutivos del yo infantil. Los autores identifican tres duelos principales: el duelo por el cuerpo infantil, el duelo por el rol e identidad infantiles, y el duelo por los padres de la infancia. Cada uno de ellos representa una ruptura psíquica necesaria para abrir el camino a nuevas identificaciones y reorganizaciones internas.

El *duelo por el cuerpo infantil* representa *la base biológica de la adolescencia* (Aberastury y Knobel, 2006, p.12). Si bien el cuerpo está en permanente cambio en el transcurso de la vida, no hay otra etapa en la cual el cambio corporal sea tan abrupto y vertiginoso. El cuerpo infantil se comienza a perder y, en la mayoría de los casos, los cambios físicos se manifiestan de manera tan acelerada que la psiquis no siempre logra acompañarlos al mismo ritmo. El cambio corporal suele sentirse como ajeno, dejando al sujeto como un espectador de sí mismo. Esa sensación de ajenidad es, en buena medida, producto de la pérdida de la base corpórea a la cual se encontraba directamente ligada su

identidad infantil. Ahora la relación con el espejo, con la mirada ajena y con el deseo se torna más compleja, generando sensaciones de extrañeza, inseguridad o incluso rechazo. De esta forma, el duelo por el cuerpo infantil promueve el espacio necesario para la generación de una nueva identidad.

El *duelo por el rol y la identidad infantiles* supone dejar atrás la posición dependiente y protegida que caracterizaba a la niñez. Esto implica perder el lugar de niño/a (con sus beneficios, seguridades y certezas) y abrirse a la incertidumbre de una subjetividad que aún no está completamente definida. Ya no se es niño, pero tampoco se es plenamente adulto: se habita una zona intermedia, de tránsito, en la que se está llamado a redefinir el propio lugar. Al decir de Doltó el adolescente tiene que "quitar poco a poco la protección familiar (…). …hacer desaparecer al niño (…). Ya nada es cómo antes, pero es indefinible." (Doltó, 1989, p.18)

Por último, el adolescente deberá atravesar también el *duelo por los padres de la infancia*, aquellos que eran percibidos como portadores de verdades incuestionables. En esta etapa infantil, las miradas y las acciones de los padres no solían ser puestas en duda. Esta imagen idealizada comienza a desmoronarse en la adolescencia, dando lugar a una mirada más crítica y ambivalente que permite al sujeto separarse psíquicamente de sus figuras parentales y avanzar en la construcción de su propia identidad. Esto es lo que lleva a Winnicott (1993) a afirmar que en el proceso adolescente está presente el *asesinato*, porque crecer significa *matar* a los padres de la infancia, (p.182).

Entendemos que duelos constituyen procesos que atraviesan y tensionan toda la subjetividad adolescente. En su tránsito, el sujeto no solo pierde, también gana: se abren nuevas posibilidades de exploración y de creación de significados. Uno de los desafíos que deberá enfrentar el adolescente será entonces integrar esas pérdidas como parte de una narrativa vital que permita sostener un sentimiento de continuidad, aún en medio del cambio.

Kancyper (2013) describe este momento como una ruptura de la ingenuidad, en tanto el adolescente ya no acepta sin cuestionar el lugar que le ha sido asignado. Empieza

a ejercer una lectura crítica sobre su historia, sus vínculos, sus mandatos. En esta relectura, la turbulencia emocional no es solo un síntoma, sino una oportunidad: “una oportunidad imperdible para la construcción e historización de aquello que, desde tiempos remotos, permaneció oculto, misterioso y escindido” (p. 50). Se trata de una reapropiación del pasado que permite al adolescente devenir autor de su historia, resignificando lo heredado en función de un nuevo proyecto de sí. “El sujeto se define según cómo reestructure su biografía para transformarla en su propia historia (…), autor responsable, y no espectador pasivo, de su propio destino” (Kancyper, 2003, p. 87)

Estos movimientos (de pérdida, de relectura, de resignificación) constituyen el núcleo vital del proceso identitario en la adolescencia. Pero no se dan en el vacío. Requieren condiciones subjetivas y contextuales, y también la presencia de figuras significativas que sostengan, sin invadir, ese camino de transformación. De eso nos ocuparemos en el próximo capítulo.

3. La Adolescencia en Vínculo: el lugar del adulto en la construcción de la identidad

3.1. Adolescencia como proceso relacional: ambivalencia, individuación y necesidad del otro

Es imprescindible reconocer que el adolescente atraviesa una etapa de especial vulnerabilidad. Como señala Doltó (1992), en este proceso de cambio de “caparazón”, el joven queda expuesto a las heridas que pueda provocar el mundo exterior, y muchas de esas heridas quedarán marcadas para siempre. Esta mutación profunda (que no es solo física, sino también psíquica y emocional) va de la mano de una búsqueda activa de identidad. En ese contexto, el adolescente necesita contar con un territorio propio donde poder desplegarse.

No es extraño, por ejemplo, que muchos adolescentes busquen refugio en su cuarto, cerrando la puerta como forma de afirmar un espacio íntimo. Este comportamiento, muchas veces malinterpretado, responde a la necesidad de diferenciarse del entorno familiar y construir una identidad propia. Como explica Kancyper (2003), el adolescente necesita de

un espacio físico y psíquico que le permita discriminarse de los otros y avanzar en ese proceso de individuación. En palabras del autor:

> La precariedad de este territorio del adolescente, expresión del desequilibrio transitorio del reordenamiento narcisista en esta etapa de múltiples mutaciones, determina que el joven se sienta fácilmente invadido y necesite conquistar y sostener un espacio privado e íntimo en la realidad material y psíquica, para poder confirmar y reasegurar su frágil e incierto sentimiento de sí (Kancyper, 2003, p.19).

Este delicado equilibrio entre búsqueda de diferenciación y necesidad de contención se expresa también en los comportamientos ambivalentes tan característicos de la adolescencia. Es bastante habitual ver en los adolescentes conductas aparentemente contradictorias: en algunas situaciones actúan casi como adultos, mientras que en otras, se los ve buscando contención como si aún fueran niños. Según Aberastury y Knobel (2006), el adolescente suele manifestar fluctuaciones entre dependencia e independencia extrema (p.15).

Esa ambivalencia, lejos de ser un signo de inestabilidad patológica, forma parte constitutiva del crecimiento psíquico en esta etapa. Desde una mirada psicodinámica, el autor Blos (2011) ofrece un marco valioso para comprender estas oscilaciones internas propias de la adolescencia. Según su teoría, el proceso de crecimiento adolescente no es lineal, sino que se asemeja al movimiento de un péndulo, con avances y retrocesos constantes.

Estos vaivenes forman parte del segundo proceso de individuación, que, aunque muy diferente del primero (ubicado en la niñez, alrededor de los tres años), comparte con él ciertas características estructurales. En palabras del autor: *"*comparten la mayor vulnerabilidad de la organización de la personalidad, así como la urgencia de que sobrevengan en la estructura psíquica cambios acordes al proceso madurativo*"* (Blos, 2011, p.119).

El primer proceso implicaba romper con la simbiosis materna y convertirse en un sujeto individual capaz de caminar por sí solo. En ese momento, el niño debía separarse del

objeto concreto (su madre) pero seguía contando con ella para sostener sus angustias. El adolescente, en cambio, enfrenta el desafío de desvincularse de objetos internos, romper con la dependencia familiar y encontrar en el mundo externo nuevos objetos de amor y odio.

En esta etapa, la búsqueda de independencia adquiere un papel central. Para avanzar hacia la construcción de una nueva identidad, acompañada de una forma renovada de autonomía y un rol social propio, el adolescente debe dejar atrás los lazos afectivos de dependencia infantil. Sin embargo, esta ruptura no se produce sin consecuencias: suele generar momentos de pérdida, desorientación y angustia que pueden dar lugar a conductas regresivas, donde el adolescente busca nuevamente la protección que encontraba en la infancia. De ahí el carácter pendular del proceso.

En este camino hacia una nueva independencia, el adolescente tiene que “perder para poder ganar”. No se puede construir una identidad adulta si se conservan los mismos lazos de dependencia que un niño. Pero, como señala Blos (2011), esta ruptura con la *extensión yoica* que representan los padres conlleva una debilidad relativa del yo (p.120) comenzar a sostenerse a sí mismo no es un proceso sencillo, y justamente por eso aparecen las fluctuaciones y retrocesos propios de un crecimiento que no es recto, sino pendular.

Ahora bien, esta tensión entre avanzar hacia la autonomía y conservar aspectos de la infancia no es solo un proceso interno del adolescente, sino que también está mediada por el entorno que lo rodea. En efecto, el tiempo de la adolescencia no es únicamente biológico o psicológico: también es social. Tal como plantea Doltó (1989), su duración y características dependen en parte de cómo los adultos y la sociedad tratan al adolescente (cómo lo ven, qué esperan de él y qué margen le otorgan para explorar (p.12). Desde esta perspectiva, la ambivalencia no debe leerse como una falla del adolescente, sino como una etapa que necesita ser reconocida y acompañada, con tiempos y condiciones que no siempre dependen solo del joven.

Como señala Winnicott (1982), “hay genes que determinan pautas y una tendencia heredada de crecimiento y logro de la madurez, pero nada sucede en el crecimiento

emocional que no se produzca en relación con la existencia del ambiente, que tiene que ser lo bastante bueno" (p.180). Esto implica que, para que el adolescente logre salir al mundo y desplegar su autonomía, necesita de un "ambiente facilitador", dentro de éste concepto el autor enfatiza en la importancia de continuidad del cuidado. Entendemos por ello que es fundamental una presencia adulta suficientemente estable, confiable y disponible, que le permita moverse entre la dependencia y la independencia, hasta alcanzar la madurez.

El crecimiento adolescente, entonces, no ocurre en aislamiento. Al contrario, moviliza intensamente a su entorno, en particular a los padres, quienes deben resignificar su lugar frente a un hijo que ya no es niño (Kancyper, 2003). Lejos de tratarse de una contradicción, esta necesidad del otro en una etapa de diferenciación y búsqueda de autonomía es constitutiva del proceso adolescente. Es precisamente a través de la confrontación, el contraste y el diálogo con los adultos que comienza a delinearse una nueva identidad.

Los adolescentes necesitan despegarse, discutir, poner a prueba al mundo adulto para poder construir una versión propia de sí mismos. Aunque en ese camino de diferenciación es muy probable que interioricen formas de ser, actuar y pensar de sus padres (así como de otros adultos y pares significativos), lo harán con una impronta singular. El resultado no es una mera reproducción, sino una apropiación subjetiva.

En efecto, la adolescencia no es un proceso individual cerrado sobre sí mismo. La construcción de la identidad durante esta etapa se configura en relación con los otros, especialmente con las figuras adultas significativas del entorno más cercano. Como plantea Erikson (1971), la identidad es el resultado de una síntesis dinámica entre la experiencia interna del yo y el reconocimiento que proviene del entorno. En este sentido, los vínculos con los adultos no solo sostienen emocionalmente al adolescente, sino que también ofrecen marcos simbólicos desde los cuales puede construirse como sujeto.

Reconocer este entrelazamiento entre el sujeto adolescente y el mundo adulto que lo rodea es fundamental para comprender la complejidad de esta etapa. A lo largo del

desarrollo que sigue, nos detendremos en explorar cómo el adolescente transforma al adulto tanto como el adulto incide en la experiencia adolescente.

3.2. La Adolescencia Como Desafío Para los Adultos

Como afirma Aberastury y Knobel (2006), resulta insuficiente estudiar la adolescencia solo desde el adolescente, sin considerar “la ambivalencia y resistencia de los padres a aceptar el proceso de crecimiento”. (p.20) La transformación adolescente no ocurre sin efectos en quienes lo rodean. Muy por el contrario, el pasaje de la niñez a la adolescencia moviliza profundamente a las figuras adultas cercanas, especialmente a los padres, quienes se ven enfrentados a un cambio vertiginoso en su hijo que desestructura los modos previos de relación y exige una reorganización del vínculo.

Kancyper (2003) es enfático en este punto: la adolescencia no es solo una crisis del adolescente, sino una crisis compartida por toda la familia. La irrupción de nuevas formas de pensar, sentir y vincularse por parte del adolescente activa movimientos psíquicos en sus padres, quienes deben dejar atrás el lugar de cuidadores de un niño y asumir el desafío de posicionarse frente a un sujeto en transformación.

Esta transición implica una serie de duelos también para los adultos. Dejan de ser los referentes absolutos, omnipresentes, y comienzan a experimentar sentimientos de pérdida, desconcierto o incluso exclusión. Ya no son los principales destinatarios del afecto de sus hijos, ni pueden predecir sus pensamientos y comportamientos como antes. Aparece así una dimensión incierta del vínculo que puede vivirse con angustia y confusión.

Parte de esa angustia se vincula con la ambivalencia característica del adolescente, a la que hicimos referencia anteriormente: su tendencia a oscilar entre la necesidad de protección y el deseo de autonomía, entre actitudes infantiles y gestos de independencia. Esta oscilación, lejos de ser patológica, forma parte del proceso de construcción subjetiva. Sin embargo, genera un fuerte impacto en los adultos, quienes muchas veces no logran decodificar estas señales contradictorias. Como advierte Doltó (1989), esta tensión puede expresarse en frases como: “siempre te portas como un niño, pero ya no eres un niño” (p. 12). En ellas se revela una cierta hostilidad o malestar ante lo que se percibe como una

demora en el proceso de maduración. Incluso, según la autora, pueden aparecer formas sutiles de celos frente a la libertad del adolescente para “perder el tiempo”, explorar y equivocarse sin respuestas inmediatas ni definitivas.

Antes afirmamos que Aberastury y Knobel (2006) señalan que uno de los duelos fundamentales de la adolescencia es el *duelo por los padres de la infancia*, aquellos que eran percibidos como figuras ideales, protectoras e incuestionables. Desde la perspectiva adulta, este proceso puede resultar doloroso, pues confronta a los padres con la caída de esa imagen de autoridad incuestionada, y los obliga a construir un nuevo modo de estar presentes, el cual se trata más de acompañar y sostener que de dirigir.

En ese movimiento, también se reedita muchas veces la propia adolescencia de los padres. El crecimiento del hijo puede despertar recuerdos, heridas, deseos no realizados o aspectos no elaborados de la adolescencia vivida por el adulto. Esta reedición no siempre es consciente, pero influye en la forma en que los adultos se posicionan frente a las demandas, los silencios o los conflictos del adolescente. La adolescencia de los hijos interpela profundamente la historia emocional de los padres y, si no es reconocida, puede generar respuestas desmedidas o dificultades para empatizar con el proceso de sus hijos. (Aberastury & Knobel, 2006; Doltó, 1989; Kancyper, 2007) A ello se suma una tensión muchas veces silenciada: el temor al envejecimiento. La emergencia de un hijo adolescente (con su cuerpo cambiante, sexualidad emergente, vitalidad, potencia) puede confrontar al adulto con la experiencia del tiempo que avanza, del cuerpo que envejece, del deseo que cambia. En tal sentido Kancyper sostiene que:

> La amenaza del crecimiento del hijo conlleva situaciones de peligro para la economía libidinal de los progenitores. Estos han de efectuar un intrincado trabajo de duelo referido a la necesidad de resignar el pasado, en el que ejercían una relación de poder omnímodo, por un presente de cuestionamientos, que plantea la homeostasis narcisista en cada uno de ellos y en la dinámica familiar (Kancyper, 2003, p. 21).

Así, el crecimiento del adolescente actúa como un verdadero espejo para el adulto. En palabras de Kancyper (2007), el adolescente, con su “aparente y candorosa ingenuidad”, desnuda al adulto y lo confronta con los absurdos a los que se había acostumbrado (p.25). Esta mirada nueva y desafiante (propia de quien comienza a preguntarse por el mundo y sus reglas) pone en evidencia zonas no elaboradas del psiquismo adulto. El adulto se ve obligado a revisar sus certezas, a resignificar su propia historia, e incluso a confrontar ideales no cumplidos de su propia adolescencia. Lejos de ser una posición cómoda, esta experiencia puede vivirse con vergüenza, culpa, oposición o resistencia. Sin embargo, también puede constituirse en una oportunidad revulsiva: una posibilidad para reordenar identificaciones, revisar vínculos y continuar la propia transformación subjetiva. Como plantea el autor, al desafiar la ingenuidad defensiva de los adultos, el adolescente ofrece, a su modo, una ocasión para que estos sigan escribiendo (o reescribiendo) su historia.

Por todo lo desarrollado, es posible afirmar que la adolescencia no transcurre en silencio. Muy por el contrario, su irrupción sacude estructuras, cuestiona certezas y altera los equilibrios establecidos en los vínculos familiares. Como señala Kancyper (2013), el término escándalo, en su raíz griega *skándalon*, remite a un obstáculo que irrumpe, que provoca sobresalto, que obliga a tropezar. En este sentido, el escándalo no es un síntoma de desviación o desorden, sino una expresión esperable (y hasta necesaria) del movimiento psíquico y vincular que se activa en esta etapa. Su ausencia, advierte el autor, puede ser incluso un signo clínico de inhibiciones severas que bloquean el despliegue del proceso adolescente.

Como hemos visto anteriormente, para Kancyper (2013) el caos que muchas veces acompaña esta etapa no debe confundirse con desorganización patológica. Lejos de eso, el caos es una fuente inagotable de creatividad, un estado fértil desde el cual puede emerger algo nuevo, aún sin forma definitiva. En este sentido, atravesar el escándalo y el caos no es fallar como adulto: es parte del tránsito compartido que el crecimiento de un hijo impone. Entre esos movimientos (que incluyen duelos, resistencias y resignificaciones) asoma una

dimensión clave que abordaremos a continuación: la confrontación generacional, acto necesario para que tanto el adolescente como el adulto puedan transformarse.

3.3. La confrontación Generacional

Dentro de los múltiples desafíos que la adolescencia plantea a los adultos, uno de los más significativos (y muchas veces más difíciles de gestionar) es la confrontación generacional. Este no es un fenómeno accidental ni patológico, más bien constituye una dimensión inherente al proceso adolescente y social. Al decir de Winnicott:

> Que los jóvenes modifiquen la sociedad y enseñen a los adultos a ver el mundo de una manera nueva; pero que; allí donde esté presente el desafío de un jóven en crecimiento, haya un adulto dispuesto a enfrentarlo. Lo cual no resultará necesariamente agradable. (Winnicott, 1993, p. 192)

A medida que los y las adolescentes comienzan a construir una identidad propia, necesitan diferenciarse del mundo adulto, cuestionarlo, ponerlo a prueba. Esta tensión no es un obstáculo a evitar, sino una condición necesaria para que el sujeto pueda reconocerse como alguien distinto, autónomo.

La confrontación generacional es un proceso estructurante, no una desviación. Como señala Kancyper (2003), se trata de un tipo de conflicto presente a lo largo de toda la vida, pero que en la adolescencia alcanza su punto máximo de complejidad. Esta confrontación implica un movimiento activo del adolescente hacia la separación y diferenciación del mundo adulto, y resulta fundamental para el establecimiento de su identidad individual y social. No hay construcción subjetiva sin conflicto, sin oposición, sin el gesto de poner a prueba al otro significativo. En este sentido, confrontar no es rechazar al otro, sino afirmarse frente a él, delimitar un lugar propio desde el cual pensarse y ser reconocido.

Ahora bien, para que esta confrontación pueda desplegarse en el ámbito familiar, debe existir un otro diferenciado a quien poder confrontar. El adolescente no puede sostener su proceso de separación e individuación si no hay una figura adulta presente (física y emocionalmente) que le ofrezca un, una referencia frente a la cual diferenciarse,

identificarse y definirse. En este sentido, la gestación de una nueva identidad no se construye en el vacío, sino que se configura precisamente en el conflicto con ese otro significativo. En efecto, "...es la falta de ese otro discriminado lo que deniega el enfrentamiento y la confirmación intergeneracionales, ya que nadie puede confrontarse con el otro in absentia et in effigie" (Kancyper, 2003, p.16). El adolescente solo puede confrontar si el adulto está física y emocionalmente presente.

El hecho de que el adolescente pueda confrontar no solo implica un proceso activo de diferenciación para él, sino que también conmueve profundamente al mundo emocional del adulto. En primer lugar, ante los ojos adultos, muchas veces el adolescente aparece como una *"molestia"*. Aberastury y Knobel (2006) ya lo advertían al señalar que el adolescente es percibido con frecuencia como disruptivo, contradictorio, inestable. Sin embargo, estas manifestaciones (aunque difíciles de sostener) son expresión de un proceso subjetivo vital: el intento de reorganizar el mundo interno, de apropiarse de una historia, de decidir qué lugar ocupar. En segundo lugar, cuando el adolescente se diferencia, cuestiona y confronta, muchas veces moviliza zonas sensibles, incluso dormidas, de la historia psíquica de sus padres. Los enfrenta a aspectos de su vida que daban por resueltos, a elecciones que tal vez no fueron del todo propias, o a ideales que quedaron postergados. En ese sentido, el adolescente no solo busca afirmarse a sí mismo, sino que (a través de su mirada *ingenua* y cuestionadora) invita al adulto a mirarse con otros ojos.

Kancyper (2007) describe con gran precisión lo que esta confrontación puede desencadenar:

> El acto de la confrontación desencadena en el adulto una actitud de oposición, porque le infringe una vejación psicológica: lo enfrenta con su propia vergüenza, culpa y cobardía, al comprobar su humillante fracaso ante el incumplimiento de los ideales y las ilusiones del adolescente que había sido; y lo fuerza a una revisión cuestionadora del sentimiento de su propia dignidad… El adolescente intima a que el adulto confronte consigo mismo; con lo más íntimo y exiliado de su propio ser… reflexionar sobre sus propias creencias y certezas (Kancyper, 2007, p. 25).

Esta cita resume con fuerza la dimensión interna que la confrontación generacional puede alcanzar. Por supuesto, no todos los adultos viven esta experiencia del mismo modo: la capacidad de tolerar el cuestionamiento y resignificar la propia historia dependerá, en gran parte, de cuán elaborados estén sus propios procesos de individuación. En términos generales, podríamos decir que es probable que a quienes han logrado construir una vida más o menos acorde con sus propios deseos, les resultará menos doloroso (y a veces incluso revitalizante) dejarse interpelar por el movimiento adolescente.

Pero para que esa interpelación no se convierta en rechazo o bloqueo, y la confrontación pueda desplegarse sin ser obturada, los adultos necesitan haber transitado ciertos procesos psíquicos fundamentales. En primer lugar, deben aceptar que su hijo no constituye una prolongación de sus propios deseos. Reconocer que el adolescente está construyendo un proyecto vital propio implica renunciar a la fantasía de dirigir por completo ese proyecto. Para ello, los padres deben haber elaborado los duelos vinculados tanto a la pérdida de la infancia de su hijo como (y especialmente) al paso del tiempo con la consecuente pérdida y renuncia de la propia adolescencia. (Kancyper, 2003)

Si estos procesos no están suficientemente elaborados, los adultos no podrán sostener la función paterna que el adolescente necesita para confrontar, y tenderán a adoptar formas defensivas que reemplazan la confrontación genuina por actitudes reactivas que dificultan el desarrollo del vínculo y de la identidad. Como señala Kancyper (2003), “En lugar de la confrontación se instauran la provocación, la evitación o la desmentida de la brecha generacional, con lo cual se altera el proceso de la identidad” (p. 130).

Además, los adultos deberán tolerar emociones intensas que la confrontación moviliza, tanto en ellos como en sus hijos. Entre ellas, dos resultan especialmente importantes: el odio y la agresividad. Siguiendo a Freud, Kancyper (2003) recupera la idea de que el odio puede desempeñar una función estructurante en el proceso de separación-individuación, en tanto permite al adolescente tomar distancia del objeto parental y elaborar los duelos necesarios para constituirse como sujeto. A diferencia del

resentimiento (que se ancla en el reproche y la fijación al pasado), el odio permite tramitar la pérdida.

En este marco, el autor diferencia con claridad ambas posiciones afectivas:

> ...el odio interviene como un componente esencial en el proceso de separación-individuación iniciado durante la confrontación entre el hijo y sus padres; en cambio, el resentimiento promueve un desafío tanático (…) el odio opera como factor fundamental en los procesos del duelo normal, mientras que el resentimiento los obstaculiza. (Kancyper, 2003, p. 49)

Cuando el adulto no puede tolerar el odio y la agresividad emergentes (ni las propias ni las del adolescente), suele refugiarse en posiciones rígidas o permisivas, que obturan el proceso confrontativo. Como advierte el autor, en esos casos pueden adoptarse formas vinculares que van desde la severidad excesiva hasta el consentimiento sin límites, dificultando la elaboración del conflicto y debilitando el lazo.

La confrontación generacional, entonces, se trata de un movimiento vital y necesario, en el que el adolescente busca afirmarse como sujeto frente al mundo adulto. Su modo de amar cambia, sus vínculos se transforman, y con ellos también lo hace la forma de sostener el lazo con sus padres. Ya no se trata de una relación regida por la obediencia o la idealización, sino por la posibilidad de disentir, cuestionar y redefinir el vínculo sin que este se rompa.

Aceptar este lugar implica una tarea exigente para el adulto: tolerar el cuestionamiento, no aferrarse al control, y permitir que el hijo o la hija se equivoque, explore, se redefina. Pero también implica una oportunidad: la de revisar la propia historia, las propias creencias, los propios modos de vincularse. Porque, así como el adolescente crece al confrontar, también puede crecer el adulto que se anima a dejarse interpelar.

3.4. El Lugar del Adulto: sostener sin invadir, estar sin abdicar

Acompañar a un adolescente es una de las experiencias más complejas, desafiantes y transformadoras que puede atravesar un adulto. No existe una fórmula precisa, ni una guía infalible que indique cómo hacerlo “bien”. Lo que funcionaba en la infancia (la palabra

tranquilizadora, el decir que y como hacer , la contención sin ambigüedades) ya no alcanza o, en algunos casos, incluso resulta contraproducente. La adolescencia desestabiliza. Pone en cuestión los modos de ser y estar con un otro en crecimiento.

Esta etapa exige del adulto un trabajo vincular diferente: se trata, en última instancia, de alojar la transformación sin pretender dominarla. De no replegarse cuando desafía, ni invadir cuando se distancia. Es una posición incómoda porque implica aceptar que el adulto no puede todo. No puede evitar el conflicto, ni garantizar la calma. Pero sí puede (y debe) estar, con su presencia, su escucha, su palabra, su coherencia. En palabras de Aberastury y Knobel (2006), la posición útil del adulto no es la del espectador pasivo, sino la del espectador activo: alguien que acompaña sin anular , que ofrece libertad sin abandonar, que sabe distinguir entre los propios estados de ánimo y las verdaderas necesidades del hijo. Porque en esta etapa tan ambivalente (donde la demanda de autonomía puede estar seguida por una súbita necesidad de dependencia), el adolescente necesita más que nunca saber que hay alguien disponible, atento, que no abdica de su lugar. (p.26)

En este punto, vale retomar una idea ya desarrollada: el adolescente necesita un territorio propio (físico y psíquico) desde el cual poder desplegarse. Esa puerta cerrada, ese silencio prolongado o ese aparente desinterés hacia el mundo adulto no deben leerse de forma literal. Muchas veces son intentos necesarios de marcar un límite, de diferenciarse, de crear una frontera simbólica que permita procesar lo vivido y construir una identidad singular. Como afirmaba Doltó (1989), ese nuevo *caparazón* no viene dado desde afuera, sino que se forja desde la propia búsqueda, y para ello se requiere tiempo, espacio y privacidad. Acompañar, en estos casos, no es entrar sin permiso, sino estar disponibles del otro lado de la puerta.

Este espacio íntimo no es un rechazo, sino una señal de crecimiento. Pero para que no se convierta en aislamiento, es fundamental que el adulto esté disponible: que no se ausente del todo, que no retire su mirada, que no rompa el lazo ante el primer conflicto. El adolescente necesita, quizá más que nunca, saber que hay un otro que permanece. Que su

retiro será respetado, pero que también puede volver. Que hay alguien a quien acudir cuando el mundo exterior se vuelve inhóspito.

Winnicott (1982) lo expresa con crudeza y claridad: “los padres están en condiciones de ofrecer muy escasa ayuda; lo mejor que pueden hacer es sobrevivir” (p.188). Sobrevivir, en su acepción más profunda, como permanencia emocional. En tanto que el adolescente necesita comprobar que puede desafiar, cuestionar, incluso rechazar, sin que el vínculo se rompa; sobrevivir exige para el adulto la confianza en su propia madurez, la capacidad de no romperse frente a la agresividad del hijo. Esa sobrevivencia es parte necesaria de ambiente desde el cual puede germinar la nueva identidad y lograr al decir del autor una verdadera madurez El adolescente necesita, precisamente, que el adulto no se retire ni se confunda con un par. Que escuche sin perder sus propias coordenadas. Que dialogue sin diluir la asimetría necesaria entre padres e hijos . Porque cuando el adulto abandona su lugar, el adolescente queda desamparado: se ve obligado a ocupar una posición que no le corresponde y que, lejos de facilitar su crecimiento, lo carga con una responsabilidad para la que aún no está preparado, forzándolo a una falsa madurez. (Winnicott, 1993)

Acompañar a un adolescente es, en gran medida, un acto de confianza en lo que no se ve de inmediato. No hay resultados instantáneos, ni certezas plenas, ni retornos garantizados. Muchas veces, las palabras del adulto parecen no encontrar eco, las normas son puestas a prueba, los gestos de cuidado son rechazados o minimizados. Pero eso no significa que no estén dejando huella. Como señala Winnicott (1993), “las recompensas son siempre indirectas. Y por supuesto, ustedes saben que nadie les dará las gracias” (p.181). Acompañar implica sembrar sin saber cuándo germinará. Implica aceptar que lo hecho hoy puede tener su efecto mucho tiempo después.

Por eso, más que perfección o respuestas acabadas, el adolescente necesita adultos presentes y disponibles, con la capacidad de decir y demostrar “aquí estoy” incluso en los momentos de mayor caos. Necesita raíces para poder desplegar sus alas. Pero esas raíces no se plantan de un día para el otro: el diálogo entre el adulto y el adolescente no puede iniciarse recién en la adolescencia, advierten Aberastury y Knobel (2006), sino que

debe haber sido sembrado desde los primeros años de vida. De lo contrario, el adolescente no se acercará. (p.24)

No es raro, sin embargo, escuchar a padres quejarse de que ya no pueden hablar con sus hijos adolescentes. Frente a esta vivencia de desborde o desconcierto, los autores señalan con claridad que el problema no está en la palabra del adolescente, sino en la escucha del adulto: “Esos padres no se han dado cuenta de que escuchar es el camino para entender lo que está pasando en sus hijos” (Aberastury y Knobel, 2006, p. 26). Escuchar no como sumisión, sino como apertura activa a una subjetividad en construcción que necesita ser alojada, incluso cuando se expresa de formas incómodas, intensas o fragmentadas.

En esta etapa, además, el joven comienza a buscar logros propios (intelectuales, creativos, vinculares) que lo ayuden a afirmarse como sujeto. Si esos logros son desestimados o ignorados por los adultos, aparece el sufrimiento y el rechazo obturando la capacidad creativa del adolescente. (Aberastury y Knobel, 2006, p.24) Los adolescentes necesitan raíces para poder desplegar sus alas. Como lo expresó Octavio Paz, citado por Kancyper (2003): “La libertad se disipa si no se realiza en un acto. Le pasa lo que a la paloma de Kant: para volar necesita tanto la resistencia del aire como la atracción hacia el suelo, la fuerza de la gravitación… No le hacen falta alas, sino raíces”. (p.77)

La figura adulta no se mide por su capacidad de controlar, sino por su capacidad de resistir sin endurecerse, de sostener sin invadir, de guiar sin borrar la diferencia. En suma, ser adulto para un adolescente no es ofrecer un modelo acabado, sino abrir un espacio posible para el despliegue subjetivo del otro, incluso cuando ese despliegue cuestione las propias certezas.

3.5. Crisis del Mundo Adulto y su Vínculo con las Adolescencias

Como hemos visto en la construcción de la identidad adolescente, el rol del adulto es de vital importancia para este proceso. Pero el contexto histórico y social en el que viven los adultos y los adolescentes no es ajeno a los modos de transitar por la vida, influye y transforma nuestras subjetividades –maneras de ser, sentir, pensar, actuar y vincularnos– ,

En el contexto cultural actual, como advierte Viñar (2012) se caracteriza por un vértigo sin precedentes. Vivimos en una época donde los cambios tecnológicos, sociales y simbólicos se suceden a un ritmo vertiginoso. En palabras del autor,

> Hoy ya no podemos, no debemos pensar las adolescencias como una entidad en sí misma, sino inmersa en el vértigo de un mundo que cambia a un ritmo desconocido hasta ahora en la historia de la humanidad. El intervalo y la distancia entre generaciones son hoy mayores que antaño (Viñar, 2012, p.6).

La brecha generacional, lejos de ser una metáfora, se traduce en contrastes concretos en las formas de sentir, vincularse y habitar el mundo.

Mientras que muchos adultos crecieron en un mundo analógico, los adolescentes son nativos digitales: han nacido y crecido en un entorno donde las redes sociales, los dispositivos móviles y las plataformas virtuales forman parte del entramado cotidiano. Esta diferencia no es menor, ya que no solo modifica los modos de comunicación y pertenencia, sino que también redefine el acceso a la información, la exposición a imágenes y discursos, y la construcción de la propia identidad.

Desde este punto de vista, los adultos (muchas veces sin herramientas ni referentes claros) deben acompañar a sus hijos en un territorio que les resulta ajeno. El mundo digital no es solo un escenario nuevo: es un mundo paralelo, simultáneo y, muchas veces, invisible para quienes no lo habitan plenamente. En ese espacio se juegan afectos, vínculos, frustraciones, deseos. El desconocimiento de muchos adultos del uso e impacto del mundo digital en el acontecer cotidiano del adolescente por parte de muchos adultos, no solo agranda la distancia generacional, sino que también los limita en su capacidad de intervención significativa. A esto se suma un factor no menor: el mercado. Este se ha insertado con fuerza en la vida de niños, niñas y adolescentes, ofreciendo modelos, deseos y promesas que muchas veces escapan a la mirada adulta. Si bien no es nuevo que el mercado persiga sus propios intereses, lo que sí representa un desafío contemporáneo es su capacidad de incidir en la subjetividad desde edades cada vez más tempranas y en espacios donde los adultos no logran (o no saben cómo) intervenir.

En este contexto, cabe preguntarnos por los valores que sostiene hoy nuestra sociedad y qué efectos tienen en los modos de ser adulto y adolescente. Diversos autores, como Obiols (1996), Viñar (2012) y Janin (2008), coinciden en que asistimos a una transformación profunda de los marcos culturales que tradicionalmente organizaban la vida social. En particular, Obiols (1996) retoma a Lipovetsky para señalar que la posmodernidad ha traído consigo la caída de los grandes relatos: las ideologías, las utopías, las certezas históricas. En su lugar, se ha instalado un nuevo orden basado en el individualismo , el éxito inmediato, el consumo constante y la evitación del dolor.

Este nuevo orden no solo transforma los vínculos, sino también los modelos de identificación. Como advierte Janin (2008), cuando los adultos asumen a los adolescentes como objeto de identificación (imitando sus consumos, sus estilos, sus códigos) se desdibuja la figura adulta como punto de referencia. La pregunta que surge entonces es inevitable: ¿cómo puede un adolescente diferenciarse y construir una identidad propia si el adulto deja de ofrecer una figura diferenciada con la que contrastar, aprender o incluso confrontar?

Este fenómeno, que Obiols (1996) define como la *"adolescentización de la sociedad*", implica una inversión del orden tradicional: los adultos dejan de ser el modelo a alcanzar y pasan a buscar parecerse a los adolescentes. En sus palabras, "la adolescencia ha dejado o está dejando de ser una etapa del ciclo vital para convertirse en un modo de ser que amenaza con envolver la totalidad del cuerpo social" (p. 38). Esta transformación afecta no solo la forma en que los adultos se posicionan frente a los adolescentes, sino también la manera en que se piensan a sí mismos y sostienen su rol.

La figura adulta de la modernidad ya no existe, el adulto ya no es el que porta el saber, el que marca un horizonte, el que el "acierto" o en el "error" ofrecía un marco de ideales desde donde dialogar o disentir. En palabras de Obiols (1996), "el adulto deja de existir como modelo físico: se trata de ser adolescente mientras se pueda, y luego ser viejo" (p. 39). Entre el ideal de juventud perpetua y la amenaza del envejecimiento, muchos adultos quedan atrapados, desorientados, sin referentes claros para ejercer su lugar.

A esta fragilidad se suma, como plantea Janin (2008), el malestar creciente que atraviesa a muchos adultos contemporáneos. El vértigo del presente, el esfuerzo por sostenerse a sí mismos, la ausencia de espacios de elaboración emocional los deja: “desbordados y sobre exigidos”, al punto de que “les resulta muy difícil sostener y contener a otros” (p. 19). Muchos adultos viven como señala Obiols (2006), “a gran velocidad, porque al detenerse sienten vacío y angustia” (p. 168). En ese intento por llenar el vacío, proliferan prácticas que, lejos de fortalecer el posicionamiento subjetivo, delegan el sentido en soluciones externas:

> ocupan mucho tiempo y no poco dinero en consultar a quienes se ofrecen para predecirles el futuro, quemar velas, inciensos, tirar cartas, piedras, leer fondos de café, en un afán por poner sus vidas en manos de cualquiera que no sea ellos mismos (Obiols, 2006, p.168).

Si los adultos, se encuentran desanclados , fragmentados, sobre exigidos , es probable encontrar mayores dificultades para ofrecer a los adolescentes lo que más necesitan: una presencia confiable, una palabra que no se diluye, una escucha que no sea eco de su propio desconcierto. A esto se suma el efecto del mercado, que saca provecho del desconocimiento adulto para instalarse en la vida de niños, niñas y adolescentes. Las lógicas del consumo y la espectacularización penetran incluso en los vínculos, generando nuevas formas de deseo, pertenencia y validación que los adultos muchas veces desconocen o no tienen herramientas para comprender ésta lógica .

En este escenario, los adolescentes buscan afirmarse, pero lo hacen en un mundo que no les ofrece referencias claras. Como plantea Janin (2008), necesitan separarse de sus padres, diferenciarse, confrontar. Pero cuando lo intentan, se encuentran con un mundo adulto contradictorio, que por un lado exige éxito y autonomía, y por otro no ofrece condiciones reales para alcanzarlos. “Estudia, aunque no se sabe para qué sirve; trabajá, aunque no va a alcanzar para mantenerte; sé exitoso, aunque es casi imposible. Buscar un lugar se hace difícil y el futuro, riesgoso” (p. 20).

Frente a esa incertidumbre, no es extraño que los adolescentes se refugien en el presente inmediato, en el “aquí y ahora”. La posibilidad de proyectar (de imaginar un futuro, de construir una narrativa personal con sentido) se ve profundamente afectada. Y sin proyecto, sin esa dirección que organiza el tiempo psíquico, En este contexto, la adolescencia sigue siendo una etapa de apertura al mundo, de búsqueda de sentido y de armado de proyectos. Como bien señala Janin (2008), “quizá uno de los puntos centrales de la adolescencia sea la posibilidad de armar proyectos” (p. 19). Pero esta posibilidad no se construye en el vacío: necesita de un entorno habilitante, de vínculos significativos, de adultos que estén presentes no solo como contención, sino también como interlocutores válidos frente a los cuales diferenciarse.

Porque más allá de los cambios históricos, los adolescentes siguen necesitando adultos que los confronten sin abandonarlos, que los escuchen sin diluirse, que los alienten sin exigir perfección. Adultos que puedan sostener un vínculo donde quepan el conflicto, la incertidumbre y la transformación.

En suma, pensar las nuevas adolescencias implica, necesariamente, repensar las nuevas adulteces. Y en esa tarea (compleja, pero urgente) está en juego algo más que una etapa del desarrollo: está en juego la posibilidad de construir un lazo entre generaciones en un mundo que, más que nunca, necesita puentes.

4. Consideraciones finales

La adolescencia es una etapa vital de enorme complejidad, en la que convergen transformaciones biológicas, psíquicas, vinculares y sociales. A lo largo de este trabajo intentamos mostrar que no se trata simplemente de un “pasaje” entre la niñez y la adultez, sino de un momento de ruptura, reorganización y posibilidad. Es una etapa en la que lo heredado se pone a prueba, las certezas se tambalean y el sujeto se encuentra empujado a historizar, resignificar y decidir (al menos en parte) quién quiere ser.

En ese tránsito, el concepto de identidad aparece como un eje central. Siguiendo a Erikson (1971), comprendemos que la identidad es una construcción dinámica, situada, y necesariamente relacional. El adolescente necesita mirarse en otros, diferenciarse, rebelarse y buscarse. No puede (ni debería) construir su identidad en soledad. Si bien necesita salir del núcleo endogámico de la familia y buscar la pertenencia a grupos de pares, la hipótesis central que ha guiado este ensayo sostiene que las personas adultas que ejercen funciones parentales cumplen un rol fundamental en el acompañamiento del proceso de configuración identitaria adolescente.

De allí que uno de los planteos centrales de este trabajo haya sido el de subrayar el lugar que ocupan los adultos en la configuración de la identidad adolescente. Aunque gran parte de la literatura se ha enfocado en los cambios, conflictos y potencialidades propias de la adolescencia, ha recibido menor atención el modo en que ese mismo proceso repercute en quienes acompañan su tránsito. Sin embargo, comprender cómo los adultos son interpelados por el crecimiento adolescente resulta fundamental, porque influye directamente en sus formas de vincularse con ellos. Y esa forma de estar, de sostener, de escuchar o de replegarse, incide de manera decisiva en las condiciones que tiene el adolescente para elaborar su identidad.

Como mostraron Winnicott, Aberastury, Doltó y Kancyper, el adolescente necesita adultos disponibles: que no sean ni intrusivos ni ausentes, ni omnipotentes ni indiferentes. Necesita adultos que puedan tolerar la ambivalencia, que acompañen sin invadir y sostengan sin anular. Adultos capaces de aceptar que ese hijo o hija que antes se percibía

como predecible y amoroso, ahora se muestra contradictorio, desafiante, a veces lejano, a veces urgentemente necesitado de cobijo. En definitiva, adultos que comprendan que la autonomía o madurez se construye en relación, y que el desafío implica encontrar un modo nuevo de vincularse.

Este acompañamiento adulto, como hemos visto, se vuelve aún más desafiante en el contexto actual. El vértigo de la contemporaneidad, la transformación de los vínculos intergeneracionales, la digitalización de la vida cotidiana y el debilitamiento de las figuras tradicionales de autoridad configuran un escenario nuevo, en el que los adultos muchas veces se sienten desbordados, desplazados o sin referencias. Sin embargo, es precisamente en este contexto donde su presencia se vuelve más necesaria: no para imponer, sino para ofrecer un anclaje simbólico que permita al adolescente habitar el mundo sin perderse en él.

Reconocer el carácter relacional de la adolescencia implica también aceptar que no hay configuración identitaria que no sea atravesada por el contexto social, cultural y familiar. En este sentido, hemos subrayado que no existe “la adolescencia” en singular, sino múltiples formas de vivir y transitar esta etapa, modeladas por variables como la clase social, el género, el territorio, las condiciones materiales y los imaginarios culturales. Hablar de “las adolescencias” es una exigencia ética, teórica y clínica: exige asumir que no todas las trayectorias son posibles, que no todos los jóvenes tienen el mismo tiempo para buscarse, ni el mismo margen para equivocarse.

Esa pluralidad de experiencias no solo define el modo en que los adolescentes construyen su identidad, sino también el modo en que los adultos son convocados a posicionarse frente a ellos. En este proceso, como lo ha sugerido Kancyper, el adolescente también transforma al adulto. No solo lo interpela, lo desafía o lo confronta, sino que le ofrece (si está dispuesto a escuchar) la posibilidad de revisitar su propia historia, de recuperar zonas olvidadas, de repensar sus ideales. En este sentido, acompañar a un adolescente puede ser también una vía para replantearse la propia adultez. Porque crecer

no es una tarea que se agota en una etapa de la vida: es una posibilidad permanente, una apuesta constante por el vínculo, por la palabra, por la creación de sentido.

Desde esta perspectiva, pensar en los adolescentes es también pensar en los adultos que los rodean. Y hacerlo no implica repartir culpas ni establecer recetas, sino preguntarnos (con honestidad y responsabilidad) cómo acompañar mejor. Qué herramientas necesitamos, qué espacios podemos construir, qué silencios es necesario interrumpir, y qué palabras vale la pena seguir ofreciendo, incluso cuando parezca que no son escuchadas.

Concluir este trabajo no implica cerrar las preguntas, sino reafirmar su vigencia. Porque la adolescencia, con todo lo que remueve, sigue siendo una interpelación viva a nuestras formas de ser adultos, de vincularnos, de habitar el mundo. Escucharla, alojarla, sostenerla, es también una forma de preguntarnos quiénes queremos ser como sociedad. Y esa, sin duda, es una pregunta que merece ser tomada en serio.

Referencias Bibliográficas

Aberastury, A., y Knobel, M. (2006). *La adolescencia normal*. Paidós.

Blos, P. (2011). *La transición adolescente*. Amorrortu.

Cao, M. (2013). La historia sin fin. En *Desventuras de la autoestima adolescente. Hacia una clínica del enemigo íntimo*. Windú Editores.

Cattaneo, M., y Schmidt, V. (2014). Fundamentación teórica. En *Escala de metas de vida para adolescentes*. Paidós.

Delval, J. (1996). El adolescente y el mundo social. En *El desarrollo humano*. Siglo XXI Editores.

Diverio, I. (2006). *La adolescencia y su interrelación con el entorno*. Instituto de la Juventud. http://www.injuve.es/sites/default/files/LA%20ADOLESCENCIA%20y%20%20entorno_completo.pdf

Doltó, F. (1989). *Palabras para adolescentes*. Paidós.

Doltó, F. (1992). *La causa de los adolescentes*. Paidós.

Erikson, E. H. (1971). *Identidad, juventud y crisis*. Paidós.

Janin, B. (2008). Encrucijadas de los adolescentes de hoy. *Cuestiones de Infancia*, (12), 17–31. https://dspece.uces.edu.ar/jspui/handle/123456789/46

Kancyper, L. (2003). *La confrontación generacional: Estudio psicoanalítico*. Lumen.

Kancyper, L. (2007). *Adolescencia: Fin de la ingenuidad*. Lumen.

Kancyper, L. (2013). Adolescencia: Fin de la ingenuidad. *Querencia. Revista de Psicoanálisis*, (14), 45–55. Facultad de Psicología – UDELAR. https://psico.edu.uy/sites/default/files/Querencia%20N14.pdf *(sugerencia de URL si aplica)*

Obiols, G., y Di Segni, S. (1996). *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria: La crisis de la enseñanza media*. Kapelusz.

Obiols, G., y Di Segni, S. (2006). *Adultos en crisis, jóvenes a la deriva*. [Editorial no especificada].

Viñar, M. (2012). Adolescencias y el mundo actual. Coloquio sobre la función del psicólogo en el tercer milenio. http://www.apuruguay.org/sites/default/files/m.vi%c3%b1ar.%20adolescencias%20y%20el%20mundo%20actual.pdf

Winnicott, D. W. (1982). *Realidad y juego*. Gedisa.

Winnicott, D. W. (1993). *El hogar, nuestro punto de partida: Ensayos de un psicoanalista*. Paidós

Bibliografía

Blanco, M. F (2007) Adolescencia e Hipermodernidad. Norte de Salud Mental,7(28), 47-56. Recuperado de: file:///C:/Users/belen/Downloads/Dialnet-AdolescenciaEHipermodernidad-4830439%20(1).pd f

Blanco, R, Contino, S, Sena, S y Tortorella, A. (2023). ¿Minoridad adolescente? Reflexiones sobre el abandono, la institucionalización y la infracción [en línea] Montevideo : Ediciones Universitarias, 2023. Recuperado de: https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/35282/1/Minoridad_Adolesce

nte.pdf

Bleichmar, S. (2008). *Violencia social–Violencia escolar: De la puesta de límites a la construcción de legalidades*. Buenos Aires: Noveduc. recuperado en https://www.sadlobos.com/wp-content/uploads/2016/03/Bleichmar-Violencia-social-violencia-escolar.pdf

Freire de Garbarino, M. (1963). Identidad y adolescencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (2-3). http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/451/390

Gualtero, R,G. y Soriano, A.(2013) El adolescente cautivo. Adolescentes y adultos ante el reto de crecer en la sociedad actual.Editorial Gedisa.Barcelona, España.

Pereira, R. (2022). *Adolescentes en el siglo XXI*. Morata.

Klein, A. (2004) Adolescencia: un puzzle sin modelo para armar. Montevideo: Psicolibros Universitario.

Klein, A. (2006) Adolescentes SIN adolescencia. Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal. Montevideo: Psicolibros-Universitario.

Viñar, M. (2009) Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio. Buenos Aires